

Prefacio

La planeación en el horizonte de la modernidad*

Eduardo Cano Gaviria¹

¹ Jefe de Planeación e Investigación. Hospital Universitario San Vicente de Paul

Hay una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio– de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y peligros de la vida que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo. Llamaré a este conjunto de experiencias, la modernidad. Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos y todo lo que somos... Las personas que se encuentran en esta vorágine, son propensas a creer que son las primeras y tal vez las únicas, que pasan por ella... sin embargo, la realidad es que un número considerable y creciente de personas han pasado por ella durante cerca de quinientos años. En la primera fase que se extiende más o menos desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVII, las personas comienzan a experimentar la vida moderna, apenas si saben con que han tropezado. Nuestra segunda fase comienza con la ola revolucionaria de la década de 1790. Con la Revolución Francesa y sus repercusiones, surge abrupta y espectacularmente el público moderno. En el siglo XX, nuestra tercera fase y final, el proceso de modernización se expande para abarcar prácticamente todo el mundo y la cultura del modernismo en el mundo del desarrollo, consigue triunfos espectaculares en el arte y el pensamiento. En esta última etapa, la actual, ha surgido como cierto malestar conocido como posmodernidad el cual ha sido objeto de múltiples y contradictorios enfoques. Para unos se ha agotado la modernidad dando paso a una época nueva. Para otros, no existe tal mutación y se trata más bien de una crítica al interior de un proceso inconcluso de modernidad, que de todas formas ha llevado a que un debate iniciado en el campo de la filosofía, la estética y la arquitectura, se haya transformado en una cuestión política que obliga necesaria-

mente a hacerse la siguiente pregunta: ¿se ha agotado el impulso transformador de la modernidad, en esta etapa de desencanto con sus postulados, conocida como posmodernidad?». [1]

¿Cómo caracterizar la modernidad?

Este amplio movimiento filosófico, artístico, político y social, se caracteriza fundamentalmente por un lento proceso de desencanto con la organización religiosa del mundo. Este continuado y expandido proceso de secularización, que lleva al nacimiento de una cultura profana, tuvo amplias consecuencias sobre la sociedad, la filosofía y la política.

En la sociedad se presenta un verdadero cambio, pues esta se niega a ser considerada como un orden recibido de Dios y se proclama un orden creado por el hombre. Al mismo tiempo la sociedad debe ella misma darse su propia legitimización, puesto que no reconoce ninguna fuerza trascendental que pueda hacerlo. En esta forma la sociedad queda inexorablemente autorreferida a ella misma y este movimiento de autorreferencia, de conciencia y de acción sobre sí misma da nacimiento a la política moderna. Desarrollo político dentro del proceso de secularización, debe asumir la función integradora de lo social, la cual tenía en el pasado la religión. Se pasa de una sociedad jerarquizada por lo divino, en donde cada quien tenía un lugar asignado desde su nacimiento por voluntad divina, a una sociedad capaz ella misma de darse sus propias jerarquías y su propio destino a través de la política.

La modernidad se da cara al futuro y rompe con el pasado metafísico y escolástico. Asume el futuro como redención, lo cual da lugar al concepto de progreso como imagen de un proceso permanente de emancipación de

* Ponencia presentada en el Seminario Taller sobre Nuevas Tendencias en la Planeación celebrado en el Club El Rodeo, 29 de marzo de 1995. Fundación Hospitalaria San Vicente de Paul. Medellín

† Artículo publicado en la Revista Facultad Nacional de Salud Pública Vol. 13 Núm. 1 (1995). Disponible en: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/fnsp/article/view/25035>

la humanidad a través de la ciencia, la moral y el arte. Optimismo iluminista frente al progreso indefinido del hombre, a través de la verdad, lo bueno y lo bello, que se constituye en uno de los relatos más fundantes de la cultura moderna.

Pero si el proceso de secularización dio nacimiento a la política moderna como acción consciente de la sociedad sobre sí misma e inaugura un protagonismo fundamental de lo político dentro de lo social, la sociedad se representa a sí misma como un orden colectivo, autorreferido a sí mismo y necesario para alcanzar una identidad nacional. Identidad que a su vez posibilita su legitimización como sociedad civil.

En el campo filosófico, lo relevante es el desarrollo hasta sus últimas consecuencias del movimiento racionalista moderno del cual uno de sus principales figuras, Kant, postuló que la razón práctica pura, era la facultad del entendimiento que determina en forma fundamental la voluntad. Que esta facultad tiene una forma subjetiva a través de máximas válidas para un individuo, en cuanto capacidad de desear y en forma objetiva a través de leyes o imperativos categóricos válidos para la voluntad de todo ser racional, es decir universales.

Este imperativo categórico debe determinar por sí mismo la voluntad como tal aun antes de preguntarse si tiene el poder necesario para alcanzar el efecto deseado. De aquí se desprende la ley fundamental de la razón práctica: obra de tal manera que tu voluntad pueda ser siempre considerada como un principio de legislación universal, es decir como fundamento de una moral.

Pero dentro de esta racionalidad práctica existe el concepto de imperativo hipotético, el cual se refiere a las máximas que determinan la voluntad en relación a un efecto deseado o necesario. Este concepto se corresponde más con una racionalidad instrumental o técnica. En este sentido es que Max Weber, considera a la razón como lo propio y original de la sociedad moderna occidental, aquello que da nacimiento a la ciencia moderna y al desarrollo técnico, científico, industrial y capitalista. Este concepto de racionalidad de Weber, está más relacionado con el cálculo y control de los componentes de la realidad. Componentes de ésta convertidos en medios para alcanzar fines intencionales y la posibilidad de prever los fines a partir de los medios.

Los fundamentos de la planeación moderna

Fue entonces la modernidad la que sentó las bases para el nacimiento de la planeación moderna como una acción consciente de la sociedad sobre sí misma. Es decir, como acción eminentemente política, como acción que en cuanto política, tiene que ser reflejo de la voluntad soberana de una sociedad, de una comunidad o de una organización,

acción que tiene que estar orientada al futuro. Esto significa que la planeación tiene que tener fe en el futuro y en el progreso de la humanidad, progreso que tiene que ser trascendental y no meramente pragmático.

Pero también la planeación tiene que ser acción racional, tanto en la elección de sus fines, como imperativos categóricos que puedan ser considerados leyes universales, como en la elección de sus medios. Para lo cual cuenta con todo el bagaje de la ciencia y la técnica moderna, tal y como lo planteó Max Weber.

Pero si estos eran los presupuestos de la modernidad en cuanto a lo que debería ser la planeación, como instrumento de progreso, se pueden ver ahora las vicisitudes que aquella ha sufrido a través de la posmodernidad, es decir en los últimos 50 años de este siglo.

Caracterización de la posmodernidad

Aunque siempre resulta difícil fechar los acontecimientos que se suceden en el campo cultural, social y político, es Habermas [2] quien propone unos hechos como críticos en el paso de la modernidad a la posmodernidad. Auschwitz y el Holocausto pusieron en crisis tanto los derechos del hombre como el postulado filosófico según el cual todo lo real era racional y todo lo racional era real. El aplastamiento sangriento de Budapest por las tropas soviéticas puso en entredicho los derechos de los pueblos. En mayo de 1968 en Francia se dio un golpe mortal de la ilusión democrática en Occidente.

Este malestar llamado posmodernidad se caracteriza por el desencanto frente a la modernidad y sus valores fundantes: la razón, la noción de progreso y la política. El desencanto frente a la razón se apoya en la aparición de diferentes racionalidades tanto en el arte como en la moral y en la ciencia, las cuales surgen del proceso modernizador. Esta explosión de heterogeneidad lleva a la diferenciación de la sociedad, como consecuencia de la atomización de los valores y las diferentes concepciones del mundo y de la vida imperantes.

En esta relativización de toda moral, de toda racionalidad y todos los valores desempeña un papel fundamental el desarrollo de las ciencias humanas, en especial la antropología, la cual demostró que existían otros órdenes sociales con costumbres y valores diferentes y no por eso irracionales. Al igual que la confirmación de que la tierra no era el centro del universo, también la constatación de que la civilización occidental no era el centro racional del mundo asestó un golpe mortal del narcisismo y a la unidad de la cultura occidental. Pérdida de la identidad como seres racionales universales que instaló la incertidumbre más grande y creciente en la vida social, política y cultural de la época moderna.

Frente al progreso, la modernidad había dejado de ser, según sus filósofos, heredera del pasado y se definía

de frente al futuro, apoyada en una gran aceleración del tiempo, desvalorizándolo todo, y en donde la novedad, “lo nuevo”, la moda, se consagraron como valores en sí; haciendo del progreso una categoría central que permite pensar en un mundo futuro mejor, una sociedad más libre, más justa y más abundante para todos.

Esta aceleración del progreso, el cual termina identificándose con la noción de desarrollo, lleva a que el cambio sea marginal, diario, permanente y previsible; convirtiéndose en una cadena de repeticiones. El cambio se trivializa, se vuelve una costumbre, algo rutinario y el hombre termina perdiendo la noción de futuro, pues este se diluye en un presente infinito. Para que el cambio produzca una noción de futuro, una fe en el progreso y haga nacer entusiasmo, es necesario que tenga la cualidad de periodizar el tiempo, que sea un amanecer a manera de fiesta ritual, que marque una diferencia radical entre el pasado y el presente.

Al debilitarse la concepción del tiempo como una relación entre pasado, presente y futuro, el hombre posmoderno entra en un presente infinito, lo cual lleva a una revalorización radical del presente. Y para vivir en un presente infinito, el desencanto con el futuro rompe con el pasado y afirma que la historia ha terminado. El mañana tiene algún sentido en cuanto ruptura total con el pasado.

Aparecen entonces todo tipo de políticas redencionistas, que no buscan ya cambiar las condiciones existentes, sino romper con ellas. Al romper con el pasado y renunciar a creer en un futuro mejor, se rompe con la historia.

Al estallar la sociedad moderna en un abanico de heterogeneidades sociales, culturales, morales, estéticas y científicas, la unidad y la conformación de una voluntad colectiva y de una identidad, se hacen muy difíciles. El estado no puede representar a toda la sociedad y en consecuencia se clienteliza y por consiguiente se privatiza y termina reducido al poder ejecutivo. En estas condiciones el ciudadano difícilmente puede llegar a ver en el estado una “cosa” pública. Se pierde también, la dimensión simbólica del estado como garante de una unidad, voluntad e identidad nacional, inspiradas en una razón o finalidad universal, como la justicia, la igualdad, la libertad y la emancipación del hombre de todas sus esclavitudes y alienaciones.

En esta forma, el estado termina guiado por una racionalidad basada en imperativos categóricos hipotéticos, orientados al cumplimiento de metas, algo que se puede identificar con una racionalidad técnica instrumental. Esta racionalidad formal instrumental termina a su vez en una

“integración sistémica” que se impone a espaldas del ciudadano. El poder legislativo, que es en donde se debe dar la deliberación de la sociedad acerca de sus fines últimos, aparece como algo totalmente irrelevante

ante el poder tecnocrático. La despolitización de la masa de la población y el desmoralamiento de la esfera de la opinión pública política, no son más que un resultado de la aplicación de esta racionalidad técnica instrumental a los asuntos públicos y del Estado.

Este tipo de política tecnocrática e instrumental, pragmática, materialista y sin ideas universales, guiadas por el cálculo de medios y fines fracasa porque no es capaz de despertar el entusiasmo. Por lo mismo que tampoco llega a crear una identidad nacional.

La planeación en la posmodernidad

Todos los cambios que se han venido analizando, ocurridos en los últimos tiempos, han cambiado también las condiciones en las que se desarrolla la planeación.

En primer lugar, la planeación ya no va a poder ser fácilmente acción consciente de la sociedad moderna sobre sí misma. Ha desaparecido la identidad única y se ha transformado en múltiples identidades. Por lo mismo ya no existe ese “sí mismo” que se pretendía sujeto de la planeación. La razón práctica pura de la modernidad, ha sido reemplazada por múltiples racionalidades, científicas, morales y artísticas, dando como resultado una gran heterogeneidad social y cultural.

De esta manera, en la medida en la que la sociedad actual no cree en el futuro ni en el progreso como realización concreta e histórica de los ideales de emancipación humana, la planeación ha terminado orientada hacia el desarrollo. Este es un concepto más cómodo, ambiguo y manipulable que se cuestiona cada vez más en la actualidad a nivel mundial. Desarrollo ¿de qué, de quién, para qué, y cómo?

Así la planeación se ha convertido en una acción tecnocrática, instrumental formal. Ya no es una acción consciente, de la sociedad sobre sí misma, sino una acción burocrática que trata de imponer, no un ideal de orden escogido por la sociedad, sino una obsesión de orden y administración total en sí misma. Pero la administración es sólo un instrumento o medio para viabilizar y alcanzar ideales, políticos y trascendentes. Pudiera decirse entonces que la planeación, de instrumento para la liberación y emancipación del hombre, va convirtiéndose cada vez más en un instrumento para el control total de la sociedad, a través de la tecnología moderna, en especial de la administración.

La estructura de la planeación

Durante la formación en administración se enseña que el A, B, C de la planeación son aquellas simples preguntas: ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo? y ¿dónde? Lo que nunca se enseña, quizás porque los maestros no lo sabían, es que estas preguntas tienen más de doscientos

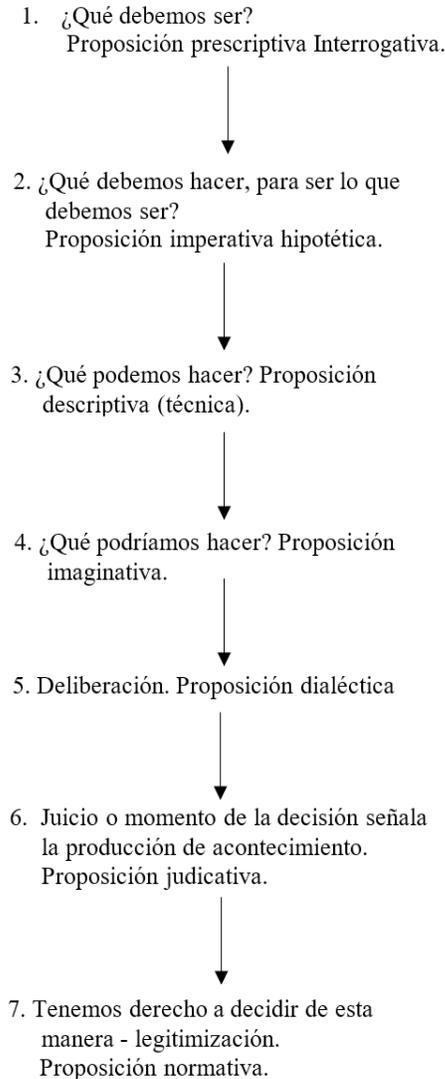


Figura 1 Estructura de la planeación. Organización político-deliberativa

años y que fueron planteadas por primera vez también por Kant, con el nombre de “estructura político deliberativa”. Según este filósofo, había dos maneras de reinar sobre un pueblo, la despótica y la republicana, de la cual la organización político deliberativa era el instrumento necesario (véase figura 1).

Sobre este concepto, dice Lyotard, que este tipo de estructura sólo puede resistir a la división de sus elementos, porque ella es el organigrama de la voluntad libre y de la razón práctica.[3] Lo anterior significa que cada una de estas preguntas tiene sentido en sí misma, puesto que la coherencia y estructura de todo el proceso se lo da precisamente la primera pregunta, es decir la pregunta sobre los fines últimos de la planeación: el qué debemos ser.

Lo anterior quiere decir, que la planeación tiene dos componentes fundamentales, diferentes entre sí: los fi-

nes y los medios adecuados para alcanzar aquellos. En otras palabras, la planeación en esencia es una estructura de medios y fines.

En primer lugar, se habla de los fines. Estos tienen que ser declaraciones políticas, verdaderas acciones de la sociedad sobre sí misma. Los fines deben poder suscitar el entusiasmo del sujeto de la planeación (la población o los trabajadores) o no será sujeto sino objeto y esto a nadie entusiasma, así esté trabajando por un salario. Los fines deben buscar unir antes que dividir, para que puedan servir para exaltar una identidad y un proyecto colectivo, porque la comunidad en abstracto no existe. Cualquier comunidad, organización local, regional o nacional, sólo existe como tal cuando se identifica con una finalidad, es decir cuando se entusiasma.

Los fines, como producciones políticas por excelencia, se refieren a valores sociales y humanos de carácter trascendental. Es decir, deben ser imperativos categóricos de la razón práctica y por lo mismo tienen implicaciones morales y éticas muy grandes, por esto nadie, aunque tenga una autoridad administrativa muy grande, le puede imponer los fines a los demás. “Sin embargo, la esencia de la autoridad no es esto. Es ver que la autoridad es en primer lugar un atributo de personas. Pero la autoridad de las personas no tiene fundamento último en un acto de sumisión y de abdicación de la razón, sino en un acto de reconocimiento y de conocimiento: se reconoce que el otro está por encima de uno en juicio y perspectiva y que en consecuencia su juicio es preferente o tiene primacía respecto al propio. La autoridad no se otorga sino que se adquiere, y tiene que ser adquirida si se quiere apelar a ella. Reposa sobre el reconocimiento y en consecuencia sobre una acción de la razón misma que, haciéndose cargo de sus propios límites, atribuye al otro una perspectiva más acertada. Este sentido rectamente entendido de autoridad no tiene nada que ver con una obediencia ciega de comando. “En realidad no tiene nada que ver con obediencia sino con conocimiento”[4]. Por tanto y en palabras de Adela Cortina “Persona” no es el sujeto autónomo, monológicamente autolegisador, sino el interlocutor facultado en un diálogo, que sólo a través del reconocimiento recíproco de los restantes interlocutores -personas- posee y puede ejercer un derecho legislador. La autonomía no pertenece ya a las personas-individuo, sino a esa persona-interlocutor que, en el mutuo reconocimiento implicado por el diálogo, descubre y ejerce su propia capacidad legisladora.[5]

Los fines no necesariamente tienen que estar de acuerdo con el medio ambiente. Exigir que las finalidades de la planeación se correspondan y se modifiquen con los cambios inmediatos en el contexto no deja de ser más que un oportunismo mecanicista y funcional que se puede pagar muy caro en ciertos casos. De hecho han existido organizaciones cuya finalidad ha estado en franca contradicción con el medio ambiente y han tenido

éxito en la búsqueda de sus fines. Esa correspondencia ideal entre fines y medio ambiente sólo se da en la sociedad ideal de la “teoría de sistemas” y deja muy en claro el deseo de tener una sociedad sin contradicciones, un orden ideal, un orden de correspondencias funcionales ideales, de acuerdo con los dictados e intereses determinantes del medio ambiente.

Respecto a la importancia de los fines, se debe citar a Hans Georg Gadamer uno de los filósofos más importantes de nuestro siglo quien dijo que “de lo que todo depende en la sociedad humana, es de cómo ella determina sus fines, o mejor de cómo ella alcanza el consenso, para la asunción por todos de los fines que se persiguen y de cómo ella encuentra los medios justos”. [4]

En cuanto a los medios, debe decirse que son casi la exclusiva competencia de la tecnología moderna. Es decir, son metodológicos y tiene también connotaciones morales y éticas muy importantes por aquello de que “el fin no justifica los medios”. Son estratégicos caminos para alcanzar los fines y pueden ser materia de cálculo, simulación y valorización en términos de costo/beneficio. En una palabra hacen parte de una verdadera racionalidad técnica o instrumental.

El problema de la identidad y la legitimación en condiciones de posmodernidad

Como ya se ha visto el problema de la planeación, es un problema de fines. ¿Cómo llegar a formular unos fines que entusiasmen y estimulen la identidad y que al mismo tiempo puedan ser legitimados como resultado de una voluntad colectiva? ¿Cómo realizar esta tarea en una sociedad heterogénea, plena de racionalidades diferentes, de subculturas, de valores y moralidades muchas veces excluyentes, una sociedad como la nuestra sin identidad propia y sin ética colectiva, atravesada por los más disímiles intereses? ¿Cómo construir una finalidad en una sociedad con múltiples actores en donde cada uno de ellos tienen su propia finalidad y aun tiene su propio plan, que se opone implícita o explícitamente al nuestro? Existen dos únicas alternativas:

En primer lugar, como fruto de una autoridad despótica, como la llamaba Kant, que renuncia a cambiar las condiciones existentes y trata de romper con ellas para imponer un determinado “deber ser”, que no tiene otra manera de ser legitimado, que por la fuerza del mito, cualquiera que esta sea: el origen, la tradición, a raza, la autoridad, el jefe, etcétera. Esta alternativa puede llegar a ser eficaz a corto plazo, pero la resistencia que desencadena puede dar al traste con las finalidades buscadas, pues un cambio mediado por el miedo a la imposición siempre estará lleno de incertidumbre, ya que la defensa de una “causa” significa necesariamente que se la asume, que se la comprende. [6]

La segunda alternativa trata de construir un relato de emancipación, ya sea organizacional, regional o nacional, cuya legitimación se da por el consenso alcanzado frente a una idea por realizar. Este relato emancipatorio tiene que ser el producto de un proceso nuevo que posibilite unir las diferentes racionalidades imperantes, dentro de un proyecto colectivo, es decir, dentro de una voluntad colectiva orientada hacia una finalidad.

Todavía hay esperanzas

Hasta aquí, el panorama que se antoja de la posmodernidad tiene mucho parecido con una Torre de Babel, en donde la heterogeneidad y la pluralidad propia de la modernidad ha hecho explosión, propiciando una confusión extrema. La sociedad en la actualidad se comienza a atomizar cada vez más en grupos, sectas y comunidades, cada una con su cultura, sus valores y su racionalidad y su moral, haciendo muy difícil la identidad y la legitimación social. Sin embargo a diferencia del Antiguo Testamento, en esta confusión de las lenguas, hay algo de fundamental que une a todos los grupos por diferentes que sean: en primer lugar, la universalidad del lenguaje y en segundo lugar, la irrefragabilidad de la argumentación. [5]

La lingüística moderna ha demostrado la centralidad del lenguaje en la formación del hombre. Ya Aristóteles había dicho que el hombre era un ser vivo con logos. Y “logos” en griego se traduce como discurso o lenguaje y también como razón, es decir, que esta relación entre lenguaje y razón no es nueva. Pero volviendo a la lingüística, esta ciencia ha demostrado que el lenguaje tiene como función principal, no nombrar las cosas como se creía antes, sino comunicarse intersubjetivamente para llegar a acuerdos. El lenguaje pertenece entonces más al “nosotros” que al “yo”. De allí el autoolvido esencial del lenguaje. Nadie está permanentemente pendiente de las reglas del lenguaje, se habla siempre una lengua como parte de una comunidad.

La segunda característica fundamental del lenguaje es la imposibilidad de superar la argumentación en los actos de habla de la vida cotidiana en nuestra relación con los otros, pues siempre que el ser humano habla está argumentando algo. Estas dos características del lenguaje humano ha llevado a varios filósofos contemporáneos, como Habermas, Apel y Gadamer, entre otros, a plantear la existencia de una razón comunicativa, diferente a la razón pura práctica centrada en el sujeto, cuyo origen sería precisamente la relación intersubjetiva mediada por el diálogo entre las personas pertenecientes a una comunidad dialógica.

Con la existencia universal del lenguaje como medio de comunicación para llegar a acuerdos y con la argumentación como eje, se ha planteado las condiciones

morales que debe reunir la argumentación: 1) la inteligibilidad de lo que se dice implica eliminar en lo posible la jerga tecnocrática o al menos traducirla al lenguaje común, 2) la verdad para el contenido de lo que dicen, lo cual quiere decir eliminar la mentira, 3) la rectitud para lo que se dice, en relación con el contexto normativo vigente, y 4) la veracidad para sus actos de habla de acuerdo con lo que se piensa (eliminar la perversidad de no decir lo que se piensa).[2]

De acuerdo con lo anterior quien pretenda argumentar con sentido tiene que aceptar las siguientes normas: 1) que todos los miembros de la comunidad se reconozcan recíprocamente como interlocutores con los mismos derechos, 2) que se obliguen a exponer sus propios argumentos, 3) a escuchar los ajenos y 4) a cumplir con las cuatro condiciones morales de la argumentación, en especial a excluir la mentira.[5]

Estos principios aplicados a la acción participativa dan lugar al nacimiento de una ética de la argumentación, en la cual la racionalidad y conducta moral se identifican en una acción responsable y solidaria.[5]

El producto es un acuerdo intersubjetivo, o verdad consensual, o comunicativa, la cual no es el fruto de una negociación, sino de un consenso. Mientras que en la negociación se mantienen vivos los intereses de las partes contratantes, en el consenso se accede a una nueva lectura de la realidad.

En este sentido, la verdad consensual es una manera diferente de ver la realidad y por lo mismo es la esencia de un nuevo tipo de racionalidad. Diferente a su vez de la razón práctica pura y de la razón técnica instrumental centradas en el sujeto. Este nuevo tipo de racionalidad fundada en el grupo y en el diálogo se conoce como razón comunicativa.

Este acuerdo o verdad consensual o dialógica, une en vez de dividir, crea identidad en los grupos y en las comunidades, fundamenta la legitimidad de las decisiones y estimula una ética de la responsabilidad solidaria, es decir fomenta el entusiasmo hacia el cumplimiento de una finalidad perseguida.

En la actualidad, todos tenemos una responsabilidad muy grande en la climatización de la paz y la convivencia, no sólo en el hogar, sino en las organizaciones y por lo mismo en el País y en el mundo. Cambiar las instituciones con la imposición y la autoridad puede ser el camino más fácil y pragmático, pero el más peligroso y endeble. Educar para un cambio participativo, con base en una nueva racionalidad dialógica y una responsabilidad solidaria, puede ser una meta a más largo plazo, pero mucho más sólida, más formativa y enriquecedora y más fundamental en cuanto fortalece las bases de la democracia.

Referencias

1. Berman M. Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad. 2a. ed. México: Siglo XXI. 1989. p. 1.
2. Habermas J. El discurso filosófico de la modernidad. Madrid: Altea Taurus Altaguara, 1991. p. 371
3. Lyotard J. La posmodernidad (Explicada a los niños). Barcelona: Gedisa, 1990. p. 58, 59.
4. Gadamer HG. Verdad y método. Salamanca. Sígueme, 1993. Tomo I. p. 347
5. Cortina A. Razón comunicativa y responsabilidad solidaria. 2a. ed. Salamanca: Sígueme, 1988. p. 170.
6. Gadamer HG. El problema del problema de la conciencia histórica. Madrid Tecnos, 1993. p. 74.

